

Un muchacho y otro

Gerta Stecher

Siempre espera un ratito más en la puerta de la casa contemplando el ir y venir, compenetrándose con los ruidos y olores de la calle. Sus orejas ya están doblando la esquina, corren, vuelan sentadas en el guardafango chirriante de la bicicleta del señor Mayer, bajan de un salto, y, una puerta más allá, trotan sobre unos altos tacones o vuelven con el llanto que sale de un cochecito de niño a la puerta de la casa.

¡Carlos, Carlos, Carlitos! Las caras de los padres asoman por el tercer piso. ¡Corre para que no llegues tarde a la escuela! Les hace un ademán, se deja arrastrar por el movimiento callejero; en sus manos, el timón del carro que conduce hacia la próxima esquina; lo acompaña hasta que logra sobrepasar el camión que corría delante de él. Acelera y desaparece. Ahora conduce el camión hacia el próximo semáforo y toca la bocina como un salvaje, porque el microbus *Robur*, dos vehículos más allá, no puede continuar su marcha. Rápidamente decide cambiar la cabina del camión por la del *Robur*, maneja todas las palancas y botones y arranca con grandes saltos. Continúa saltando, brincando de árbol en árbol, escondiéndose tras ellos; quiere hacerse invisible; aprovecha al efecto los más recios troncos de castaños y atisba furtivamente desde detrás de ellos; se ve perseguido por un león oculto bajo una piel de perro de aguas; se esconde ahora tras las espaldas de los transeúntes, se acomoda a sus movimientos y pasos para permanecer invisible.

Está mirando fijamente hacia adelante. ¡No, no debo volver la mirada! ¿Lo persiguen? Está oyendo algo sospechoso, ¿detrás, delante o a su lado? ¡No debes hacer tu prisa demasiado evidente! Eres simplemente un niño —habían insistido los padres— nada más que un niño.

Se abre camino a través de un enjambre de pasos; se pone a la cabeza de ellos y agita por encima de la cabeza su mochila-bandera. Se les adelanta hasta el próximo semáforo, mira hacia atrás, hacia su tropa, que va demasiado lenta para marchar al mismo ritmo que él; pacientemente se pone a esperar hasta que alcancen su propia cadencia de paso, los insta en voz alta a que se apuren, y, cuando se le han acercado hasta casi alcanzarlo, gira a su alrededor y grita varias veces: ¡Hurra! ¡Hurra! De nuevo se coloca al frente de la tropa; pero al ver a su gente decaer una vez más, se les acerca, y todos se ríen de él al unísono. Un puñado de mujeres ríen divertidas y comienzan a cacarear, despatarradas bajo el peso de manzanas, pan y

salchichas. ¡Ah! exclama molesto; quiere librarse de golpe de aquella risa, y se sumerge en el juego al escondite en plena calle, ese juego donde cada cual roba al otro su paso y continúa camino con el andar adquirido, donde se intercambian abrigos y boinas, de manera tal que no se logra saber después a quién pertenece la boina o a quién la cartera. Hasta las manos bambolean a compás como si sólo existiera una mano común.

Tienes que fingir que estás jugando. Como si recorrieras, jugando, la comarca. ¡No tengas miedo! Pero los padres temblaban cuando se fue. Sin embargo, tiene miedo; sobre todo, porque no recuerda ningún juego. Además, está cansado. Ya hace medio día que está corriendo, calcula. Las plantas de los pies le arden. Tal vez debió haber pedido prestado un par de zapatos. Algún par de alguien del pueblo le hubiera venido bien. Este camino es más largo que el camino hacia el pozo. Más que cuando se ciega durante los ardientes veranos, y él debe buscar el agua en el pozo de más abajo, en dirección a la ciudad. El sol está alto. ¿Por qué no ha llegado todavía al pueblo? ¿Se habrá extraviado?

Está buscando senderos ocultos, conocidos solamente por los perros, es decir, los más escondidos. Pero hoy están descarnados por los pasos. ¡Y qué perro podría contener el horror de marchar junto a tanta huella humana! Gruñe enojado, levanta la pata trasera en el próximo árbol, acompaña a otro transeúnte, dócil, a sus pies, y se deja amarrar delante de una vitrina, para esperar a su amo. Pacientemente se sienta, ladra cada vez que se abre la puerta de la tienda, y contempla los objetos exhibidos en las vitrinas: nata dulce y agria, queso, queso blanco y huevos, leche, leche magra, leche agria. ¡Mejor hubiera sido transformarse en gato! Leche caliente con miel para el desayuno. Ahora el hombre sale de la tienda. Podría abalanzarse sobre él y ladrar; pero siente que no tiene ganas.

¡El pueblo! En efecto, tiene un aspecto horrible. No hubiera podido imaginárselo, pese a las palabras de los padres: verdaderamente horrible. ¿Cómo es posible que las chozas puedan ser quemadas hasta los cimientos, que no haya mata ni árbol que no esté carbonizado! Los numerosos plátanos, pronto hubieran estado maduros. Su estómago se crispa de pensarlo. Y al pensar que por todas partes, por todas partes sin excepción, se avientan las cenizas como si el volcán hubiera vomitado. Él sabe que esto ha sucedido repetidas veces; pero, en otra dirección, hacia la desembocadura del río. Va de un lado a otro. Tiene que examinarlo todo con exactitud, grabar todo cuando quepa en su memoria, mirar hacia todas partes y siempre fingiendo desinterés. ¡Porque si te cogen! Sólo eres un niño —recuérdalo— un niño jugando. Las palabras de los padres martillan en su cabeza. Atraviesa escombros y cenizas y se pregunta febrilmente a qué podría jugar. Tiene miedo de que ningún juego le venga a la memoria.

¿O es por el miedo que nada le viene a la cabeza? El olor es terrible. ¿Qué es lo que huele tanto aquí?

Busca cosas más interesantes y ve acercarse un haz de luces intermitentes. El gigantesco vehículo se aproxima, se desliza lentamente, extiende sus grandes cepillos y cosquillea el borde de la acera. Lo acompaña, mirándolo comer arena, papel y orines sobre el pavimento lamido. Con mucho gusto trotaría más tiempo al lado del carro, observando las vueltas de los cepillos, para volver por la otra senda calle abajo.

Levanta vigas, pedazos de hojalata y trozos de techos medio quemados, quita de en medio piedras, chapas onduladas e indefinibles cascos metálicos. Busca debajo de los escombros y encuentra latas, cucharas y armazones de cama; y piensa que esto bastaría para construirle una choza a la hermana mayor con su vientre hinchado. Tendría seguramente más espacio que el que habitan en común, abuelo y abuela, padre y madre, hermano y hermana, y él mismo. Entonces podrían permutar, tal vez; la hermana tendría que mudarse y coger la más chica.

Continúa su marcha, se arrodilla, comienza de nuevo, se abre camino. Mira y encuentra siempre lo mismo: muchos materiales de construcción y cosas útiles para la casa. Pero nada comestible, que ha sido, sin embargo, su secreta esperanza. De lo contrario, no hubiera recorrido este largo camino, casi voluntariamente. Pues nadie podía o quería decirle lo que había sucedido en realidad. Sus ojos inspeccionan el terreno. En una pared de lata caída están pintadas grandes letras blancas formando una palabra. Las contempla y reflexiona cómo podrá grabar en la memoria estas figuras. Pues todo, todo, insistieron sus padres, todo es importante. Mejor hubiera sido enviar a otra persona del pueblo, al barbudo seguramente, éste si sabe leer. Pero dijeron que un adulto no podría ir, porque un adulto no podría jugar sin llamar la atención. Pero él tampoco juega. Con mucho esfuerzo logra levantar la pesada pared de hierro y se asusta tanto que la deja caer, y se oye el eco muy lejos, y la ceniza se levanta en torbellinos como nubes gigantescas, y a sus espaldas, maderos apoyados unos contra otros, empiezan a desplomarse y él desaparece, huyendo.

Sólo a unos pasos, junto con los gritos de otros rezagados, se oye el timbre anunciando el comienzo de la clase. Parte como una flecha, sube las escaleras y alcanza la puerta del aula al tiempo que la maestra.

Los pensamientos lo empujan hacia adelante. ¿Por qué se había horrorizado? ¿No había visto muertos otras veces? Hasta en tumbas, aunque no en tumbas tan anchas, donde caben tantos muertos. Había asistido al entierro de tres hermanos menores y del hermano mayor. Los pechos de la madre son flácidos y vacíos. Uno puede mamar cuanto quiera, sólo se traga la propia saliva. A pesar de su compasión por la madre, se alegraba cuando no tenía que compartir sus frijoles con los demás. ¡Su medio puñado de

firjoles! ¿No ha sido por eso, por esa cantidad de frijoles que murió el hermano mayor? ¿Por qué se precipita ahora resbalando por el matorral de los cafetales, hiriéndose las rodillas sin pensar jamás en descansar un rato? ¿Por qué sus muertos parecían como si durmieran aunque también parecieran gritar? ¡Cómo si gritaran! Las bocas abiertas y los ojos torcidos... pero ahora tiene que pararse, para recordar la imagen de esta fosa inmensa; los muertos no están cubiertos de tierra, sino de sangre. Sus piernas casi vuelan hacia adelante, movidas por su corazón vibrante, y por una idea terrible: no todos estos muertos habían muerto.

Ya llega a los infinitos campos de algodón, pero su aliento se entrecorta y los pies le pesan terriblemente. No puede hacer la jornada de medio día como si fuera una simple carrera. Se deja caer, descansa hasta que se tranquiliza el latido de su corazón; continúa corriendo, cae de nuevo y está dominado por un solo, único pensamiento: volver a casa.

Cerca de su pueblo, le llaman la atención los papelititos que aletean al viento, fijados en troncos de palmas. Los mira, los examina por uno y otro lado, porque nunca ha visto cosas semejantes: papelititos en los árboles. Le preocupan, sin que conozca una sola letra, sin que sepa leer una sola palabra. Mira a su alrededor, espía hacia todas partes, y continúa avanzando. ¡Ay!, si pudiera transformarse en animal, entonces podría ir, sin ser visto, por el camino más corto a donde quisiera. Piensa en el quetzal que vuela lentamente, por encima del horror y de la muerte, por el aire. Voces, malas palabras y órdenes que llegan de lejos, le causan miedo. No, prefiere ser una iguana que puede agazaparse en su cueva sin ser vista. ¡Estas voces desconocidas! No se atreve a acercarse más a las chozas. ¿Qué pasa en su pueblo? Trepa una palma.

Allá ocurre algo terrible. El país se llama Guatemala, explica la maestra. Mucha gente en el campo sufre sobremanera.

El pueblo parece un hormiguero en pánico. Por todas partes, todo se mueve constantemente. Visto desde arriba, le parece que hasta las chozas tiemblan. De todas partes llega, concentrándose, todo lo que vive. Los chivos y las reses de los corrales, y las praderas alrededor del pueblo. De las chozas salen los viejos y las madres. ¡Los abuelos, la madre! Los niños de la plaza. ¡Los hermanos! Los hombres de los galpones, los talleres, los campos. ¡El padre! Perros, gallinas y gatos corren tras los acosados. Los cazadores llevan uniformes, y son tantos como dedos tiene en ambas manos. El vocerío es terrible. Gritan hombres y animales. Todos gritan a la vez como salvajes; no puede entender ni palabra desde su mirador tan alto y tan lejano. Pero el cuerpo le tiembla tan miserablemente que cree no poder sujetarse de la palma.

De pronto, la confusión se ordena. Se forman dos grupos en la plaza. Los animales son llevados fuera del pueblo. La gritería se apaga. Si los

uniformados no corrieran de un lado a otro, el silencio y la rigidez serían insoportables. Mira fijamente hacia un grupo de mujeres y niños. Se apiñan y se estrechan como él sabe que hacen las bestias horrorizadas ante la muerte. Logra distinguir a la madre y a la abuela, aunque desde allí una se parece a la otra. Ahora se produce un estampido. Resuena muchas veces, y las montañas multiplican y prolongan los golpes penetrantes, breves y ruidosos. El grupo de hombres cae al suelo.

Cada uno cae, pero ninguno se levanta después. Obsesionado, mira hacia el montón que hormiguea aún, antes de que, como último movimiento, la sangre corra. Como serpientes gigantes, cuyos cuerpos se arrastran hacia todas partes. El gemido de las mujeres suena como un gran coro. Él aprieta los párpados y los labios, y la cabeza contra el pecho. Su cuerpo todo es una vibración: acaba de reconocer, en aquéllos de abajo, los muertos del otro pueblo. Siente mareos, y cree escuchar el grito: ¡Carlos, Carlos! Pero ahora estallan muchos estampidos más, devueltos, multiplicados y prolongados por las montañas. Cayendo, observa que ya no hay nadie en la plaza del pueblo. Los uniformados le prenden fuego.

Deseamos paz a todos los niños. Él inclina la cabeza en señal de aprobación hacia la maestra. Enviémosles ahora la paloma de la paz. Ella levanta la mano para marcar el compás. Palomita blanca, empieza ella a entonar el canto popular infantil, vuela sobre las tierras, se juntan las voces de los niños, lleva la paz a todos los niños, escucha él su propia voz y piensa que tiene que cantar, pero con una voz muy alta, para que se pueda oír en aquel país, seguramente tan lejos. Pero este canto, le viene a la memoria; está volando, sin más ni más, sobre las alas de la palomita blanca. Sin embargo, se esfuerza mucho, de modo que se le hinchan las venas y la boca lanza la paloma muy lejos, sobre el patio de la escuela, más allá de la calle que atraviesa cuando vuelve a casa.